

PAGINA LITERARIA

Ante las víctimas

Ellos son... como nunca blasfeman sus rencores...
no temen ni al camino, ni a la lluvia ni a los
Vienen de la taberna; cambiaron los sudores
de toda una semana por el viso de alcohol!

Se acercan, y en sus rostros arden llamas de hogueras.
Huyó todo lo dulce que tiene el corazón:
Los ruegos infantiles... las lúbricas quimeras...
Huyeron las noblezas; huyó la compasión...!

Ahora cantan o ríen... ¡Y esto es lo vil y triste...
Ya no se acuerda nadie, de que el dolor existe...
y a todos los aguarda con su boca letal...!

Ya no hablan los instintos, del material quebranto,
con sus quejas amargas, con las noches de llanto,
con la choza sin nombre... y el acerbo hospital...!

MAX. LAY

Gotas demoledoras

Porque la guerra es crimen, vergüenza de la tierra,
en nombre de la vida condenemos la guerra!

La venganza no es dulce... Los incultos agravios,
son hiel para la vida, son hiel para los labios.

El afán del dominio, es el desvío humano
que ha roto con los lazos del hombre y del hermano...

Y para el orgulloso de su sabiduría...
Javenal, alza el látigo de tu inmensa ironía...

FELIX DE LA MONTAÑA

Día de calor

Estamos verdaderamente, en las tres
décadas brillantes de la sexta luna.

Las nubes se agrupan en miríadas
en un cielo empujado y silencioso.
La tierra se abre. El río está seco.
El polvo se levanta al viento.

Los labriegos se lamentan en los
campos donde muere el arroz y el trigo
Acarrean agua para refrescar los bar
bechos.

El sol agrava la sed y el hambre de
los campesinos, de garganta quemada
por la canícula.

Gotas de sangre cubren sus frentes.
¿Quién hablará de ello?

Siembran, repjean, labran...

Es insuficiente la pena que se toman
para ello.

¿Será preciso aún que tengan la pe-
na de ver que los frutos no maduran
en otoño?

Si las nubes preñadas de lluvia no
llegan, toda su fatiga será vana.

Levantán los ojos y están a punto
de maldecir al cielo.

¿Se ha acabado el poder de los hé-
roes que sabían elevar plegarias?

¿Que hace el que lleva la tiara impe-
rial y enarbola la insignia?

En los campos el arroz que debería
verdear, apenas amarillea.

¿Aquel que está sentado tranquila-
mente en su palacio sabe algo de ello?

Me apoyo en la balaustrada, de cara
al Oeste.

El aliento de la noche llega, todo
impregnado de turbadores perfumes
de otoño.

El jade sonrosado del río invade, en
el horizonte, el jade verde del vacío.

Al pie de los verbales canta el grillo:
más allá, en el cielo, lanzan gritos ci-
guñías invisibles...

Los recuerdos del pasado tiempo
vuelven a mí, vuelven siempre.

Y esta tarde también no hay nadie
conmigo que comparta mis pensamien-
tos.

Gira el sol, irradiante fuego que cal-
cina el horizonte.

Retorno

Las cumbres de las montañas en-
vuelan en la luz del sol.

Los bambúes cubiertos de rocío y a-
gitados por el retorno de los pájaros!

Ruido de frutas al caer sobre el mue-
ble cubierto de pimpinela.

Hojas agitadas por el céfiro.
Y en el frescor de las aguas, los pe-
ces que pasan jugando.

Luz de luna penetra a medias en el
pabellón, en tanto que el alma de los
lotos, con su perfume, turba profun-
damente los corazones.

Pasan las dos golondrinas "ninun"
sobre el alero de muy ricos colores.

Mi ser entero no puede pensar con
placer en ello.

Cuando retorna la época trastorna-
te de la primavera es menester deva-
nar mi aburrimiento.

Entonces, frente al esplendor de la
naturaleza, hay momentos en que mis
entrañas se desgarran.

¡Oh turbadoras flores de durazno en
las primeras noches de luna, en el pe-
ríodo de los Alimentos!

¡Grandes anáncas en el crepúsculo do-
rado, en la claridad turbada por la
brisa inmortal!

¡La floración por todas partes aca-
ba de hacer más sensible la melanco-
lía y el dolor que me agobian!

Sobre todo cuando, frente a la ven-
tana, que mira al Oeste, el sol se ocul-
ta y cae la noche.

Levanto las pesadas cortinas a fin
de admirar la luna brillante.

TCHOU-CHOU-TCHEN